

DESMANTELA Y VA DE NUEVO¹

Rosa María Torres

Uno por uno, Ministros y otras autoridades del gobierno van turnándose en la palabra para informar acerca de lo hecho en sus respectivas carteras durante su gestión. Sentada en el lugar reservado a los representantes de gobiernos y agencias extranjeras, lo que escucho no se parece en nada a la Nicaragua que yo conocí y en la que viví, junto con mi familia, por cerca de seis años, menos de una década atrás: la Nicaragua Sandinista, en la que se trabajaba más por convicción que por un salario, sintiéndose privilegiado de ser parte de un proyecto de construcción de una nueva sociedad, cercados por la muerte y la penuria pero también por la alegría y la esperanza, todos ellos ingredientes de la revolución.

El informe del Ministro de Educación nos ubica frente a una Nicaragua sin historia, nacida con el último gobierno, que no tiene cimientos sobre los cuales seguir construyendo, salvo los colocados en los últimos cuatro años. (Lo mismo sucedió, de hecho, respecto del Somocismo, cuando los Sandinistas tomaron el poder: incluso se erradicaron y quemaron públicamente libros y textos escolares que, posteriormente, no pudieron ser sustituidos y muchos de los cuales, como se reconoció más tarde, podrían haber continuado sirviendo a alumnos y profesores). En el informe ministerial no puede intuirse siquiera que en este país alguna vez se hizo una Cruzada Nacional de Alfabetización que inspiró a muchos y que fue galardonada con un premio mundial de la UNESCO (la única mención es la de una “gran cruzada ideológica que no alfabetizó a nadie”). En su discurso suenan con frecuencia palabras como *acceso, calidad, equidad, competitividad, repetición, fracaso escolar, descentralización, autonomía escolar, empresa, participación de la comunidad, concertación*. Durante los años del Sandinismo en el gobierno algunas de las palabras más pronunciadas en el discurso educativo eran *igualdad, democracia, transformación, hombre nuevo, mujer nueva, nueva educación, educación popular, maestro popular, poder popular. Participación, alfabetización o calidad* querían decir otra cosa. La relación entre *educación y trabajo* se entendía de otro modo y daba origen a otra clase de programas. Curiosamente, no obstante, ayer y hoy, ambas Nicaraguas hacen noticia y son consideradas punteras por sus respectivas agendas educativas, signadas por proyectos políticos e ideológicos muy diferentes, uno radicalmente progresista y otro radicalmente neoliberal.

El caso de Nicaragua es, sin duda, un caso límite, dada la polarización de las fuerzas y proyectos político-ideológicos en juego. Es cierto también que, entre los 80s y los 90s, cambiaron enormemente los tiempos y los contextos. Pero el desmantela y va de nuevo de las políticas educativas ha sido y continúa siendo pan de cada día en toda América Latina y, en general, en los países de menor desarrollo en Asia y África. Programas y procesos que sobreviven un cambio de gobierno, de director o de asesor, son más bien excepcionales y, por eso, considerados en sí mismo innovadores. Quizás el principal mérito y elemento distintivo de la política educativa chilena en los 90s (y, también, en buena medida, de la argentina) es precisamente el haber logrado continuidad a

¹ Incluido en: Rosa María Torres, *Itinerarios por la educación latinoamericana: Cuaderno de viajes*, Paidós, Buenos Aires-Barcelona-México, 2000. Ver: <http://www.fronesis.org/libreriarmt.htm>

pesar de los cambios de gobierno, lo que ha permitido a chilenos (y argentinos) una rara y privilegiada condición en materia de reformas educativas: la posibilidad de aprender en el camino y, eventualmente, de rectificar.

La bandera de “la educación como política de Estado, no de gobierno” prendió en América Latina durante los años 80 e inicios de los 90. Hoy, la consigna es repetida a lo largo y ancho de esta región. No obstante, sigue siendo más frecuente en el discurso que en la realidad. Asimismo, y a pesar de que la discontinuidad ha tendido a adjudicarse exclusivamente a los gobiernos, el “desmantela y va de nuevo” atraviesa a todos los sectores e instituciones: el organismo nacional e internacional, gubernamental y no-gubernamental, la universidad, la organización comunitaria. Nuevo gobierno, nuevo partido, nuevo director, nuevo jefe, nuevo asesor y... ¡zas! todo puede desmantelarse (incluso el edificio, los equipos, el personal contratado) y a empezar otra cosa se ha dicho.

La continuada discontinuidad (de las políticas, los planes, los programas, los proyectos) es uno de los obstáculos principales para avanzar en el terreno educativo y para avanzar, concretamente, en la línea de una transformación profunda de la educación. No sólo por el desperdicio de recursos económicos, sino por el desperdicio de la oportunidad que cada uno de esos nuevos intentos trae consigo (el acumulado de falta de credibilidad en el campo educativo respecto de cada nueva propuesta o plan, ya es enorme) y, sobre todo, por la propia lógica que impone y a la que a su vez responde tal discontinuidad. Para cada presidente, ministro, director o asesor el futuro se extiende hasta el límite de su respectiva gestión, con lo cual objetivos y prioridades, metas y métodos se visualizan y eligen en función de ese plazo. Plazo que, en esencia, siempre será insuficiente para instaurar procesos, calidades y cambios de verdad, irreversibles, sostenibles en el tiempo. Plazos que apretan en pocas semanas, meses o años lo que sólo puede lograrse con esfuerzos, aprendizajes y reajustes permanentes, a lo largo de décadas, no con reformas puntuales, que se inician cíclicamente cada 4, 5 ó 6 años.

Un nuevo rol ha venido asignándose en este sentido a las agencias financieras: el rol de garantes de dicha continuidad, fundamentalmente asumiendo el interés de dichas agencias en que los préstamos se devuelvan y los dineros se ejecuten según lo estipulado. No obstante, también las agencias financieras tienen sus propias lógicas, ciclos de supervivencia y plazos. A menudo, por otra parte, el nombre del plan o programa y de sus componentes puede mantenerse en el papel, pero lo que se sigue haciendo bajo esos nombres es otra cosa. (No está demás decir que, en ciertos casos, hay que alegrarse de que exista la posibilidad de cambiar el rumbo de políticas, planes y programas. No todo lo que se inicia, aunque se haga con préstamo y bendición de agencia internacional, vale la pena continuar haciendo). No obstante, atribuir a las agencias internacionales este papel de guardianas de las políticas estatales, políticas que son definidas con ellas mismas, es, por decir lo menos, equivocado. Este es papel crítico e irrenunciable de la sociedad civil, los partidos políticos, los movimientos sociales, las instituciones y los grupos organizados, de todos y cada uno de los ciudadanos de un país. Y es papel de la educación y tarea educativa fundamental construir esa ciudadanía informada, consciente, con capacidad para opinar y demandar información, ejercer presión y colaborar en la construcción de la política, la educativa entre otras.